

Julio-Marcos García Maceiras

EL ESTADISTA



Cubierta: *Justice*
(Grabado de los hermanos Facius sobre un óleo de Joshua Reynolds)

El Estadista

© 2024 Julio-Marcos García Maceiras

Primera edición: Octubre, 2024

Herákleitos Club

Impresión: Mijnbestseller Nederland B.V.

ISBN 9789403752662

Printed in the European Union

Todos los derechos reservados

No part of this book may be used or reproduced in any manner whatsoever
without written permission
except in the case of brief quotations embodied in critical articles and reviews

For information, please address herakleitosclub@mailfence.com

La Túnica y las Togas

Preside el Honorable J-Bot
(9-81)

Bajo el Influjo de las Leónidas
(82-134)

Lady Justice—Ira, Locura, Rencor
(135-189)

Hipótesis de otra Luz en este Bosque
(190-213)

El Estadista

(215-256)

LA TÚNICA Y LAS TOGAS

An idea that can play so large a part in a life must necessarily have something of the complication and protean quality of life itself.

H.G. Wells, *The Research Magnificent* (1915)

PRESIDE EL HONORABLE J-BOT

1

Justicia—He aquí una idea seminal, tan antigua como la Civilización, no menos ardua de definir que de realizar, elusiva en su cualidad de anhelo, históricamente imbuida de tal complejidad de fenómenos que nuestra época ya no puede visibilizarla sino exfoliada en múltiples facetas, asumidas por diversas praxis fragmentarias cuyos postulados presuponen un desplazamiento de la intuición primordial a un limbo de entelequias donde apenas si concita un consenso emotivo.

Es el pensamiento socioeconómico de *Justice as Fairness* en su empeño por confeccionar el índice de posesión de bienes primarios, afirmar el principio de igualdad de oportunidades y clarificar las bases informacionales de una redistribución equitativa. Es también la Bioética, que proclama entre sus normas constitutivas un principio universal de *Justicia* entendido como el aprovechamiento compartido de los beneficios, ahora extendido lógicamente a las directrices deontológicas en el ámbito de la artefactualidad (*Roboethics*). O el estándar de *Justicia* como razonabilidad en la dinámica jurídica, surgido de la práctica conflictivista de los tribunales de garantías constitucionales, y especificado por la metodología jurisprudencial en la exigencia de proporcionalidad en la ponderación de derechos e intereses (*Verhältnismaßigkeit, Principe de Proportionalité, Ragionevolezza, Wednesbury Unreasonableness Principle*).

Equidad, redistribución, razonabilidad: enunciados que conciernen *Justicia*, muestras de una amalgama de concreciones cuyos logros aparecen revestidos con una vocación de transformación sin parangón en la Historia. No obstante, no cabe soslayar el fracaso de todo intento de abstraer una idea aglutinante de *Justicia*, resistente a deslizamientos, depurada ya de nebulosas intuicionales, todavía útil como vehículo para el pensamiento y la acción.

Aquí hay una misión todavía por cumplir. Y, si algo podemos referir *a priori* de lo buscado, es que ha de ser (o convertirse en) una moneda de curso legal; pues, si no es generalmente aceptada, aunque se aprecie la nobleza del metal o la maestría del artífice, nada valdrá como instrumento de valor e intercambio.

Una vía es la elaboración de un supraconcepto (*oberbegriff*) de *Justicia* que integre y supere las concepciones operadas por las praxis fragmentarias. La Ciencia ostenta una legitimidad pletórica para afrontar la hazaña de elaborar el discurso que ampare y habilite todas las praxis de *Justicia*, su teoría unificada.

Asunto distinto son las condiciones actuales para hacer valer esa legitimidad. La Filosofía de la Ciencia vigésima (Kuhn, Nagel, Feyerabend, Popper, Lakatos) infligió una crítica severa a la concepción heredada (*standard view*) de la Ciencia como olímpico anfiteatro de un conjunto de sistemas formales axiomatizables dominados por la objetividad—concepción todavía hegemónica.

La Verdad se ha convertido en una experiencia laberíntica, ensombrecida por reparos sociológicos de ideología, de clase o de género. Las teorías no pueden ser confrontadas tan alegremente como antes, pues se ha decretado la inconmensurabilidad de los paradigmas en cuyo seno han surgido, la intraducibilidad de los lenguajes.

Los resultados de la investigación quedan sujetos a una flexibilidad interpretativa que cuaja en un ambiente relativista dominado por el amarillismo sensacionalista de los medios de comunicación y la deriva autoritaria, xenófoba y fascista de una parte sustancial del tejido social de Occidente.

Extraña la escasez y ligereza de los valores que afectan a la Ciencia, exclusive extraídos de su componente epistémica, como la coherencia o la simplicidad. El análisis de los modos de resolución de polémicas y controversias ha terminado por disolver la idea de *autoridad* en un marco de conflictos de poder entre corporaciones multinacionales o bloques de Estados, cuyos intereses estratégicos suelen permanecer subrepticios.

La Ciencia se convierte en política científica en manos de ejecutivos codiciosos y réprobos politicastros cuya necedad o sectarismo mediatiza todos los contextos de la praxis, determinando condiciones tornadizas para los rituales de consenso, e incluso el estilo de la racionalidad de las metodologías.

La Ciencia, al insertar objetivaciones en la dinámica de la Historia mediante una economía de la acción eficaz, pretende juridificar todos los discursos en el marco de una legalidad universal. El inconveniente es que no deja de ser una suma de

validaciones que sufre al ser sometida al contraste de otras clases de praxis en busca de los sentidos implicados.

Las series cronológicas, íntimamente ligadas a la naturaleza, fueron una forma de establecer significaciones trascendentes; la todavía inaprehensible matriz de resúmenes y esquemas de la Ciencia, soñada por el marqués de Laplace, será otra. Entre esos extremos se despliega una gama de representaciones que han mostrado un rendimiento que la furia aceleradora de la actividad tecnocientífica no puede invalidar.

El Arte, las religiones, los sistemas filosóficos muestran la exigencia más alta de un orden que persevere en la reducción de incertidumbres. Ahí se da también la elaboración de modelos teóricos y la evaluación de los datos experimentales, salvo que la instancia de refutación no es la maquinaria y la fórmula, sino la imaginación del individuo en su condición de instancia autónoma capaz de formalizar universos magmáticos de materia.

La Ciencia es un repertorio de enunciados que deben coadyuvar a construir el Mundo, no a destrizarlo. En este aspecto, no puede sostenerse sin discursos que infundan sentidos, dirijan intenciones o, cuando menos, establezcan coherencias aplicativas en esta lacra del azar gratuitamente desencadenado al aventar procesos y objetos asistemáticamente constituidos en medio de una realidad permeada por ideas socialmente, culturalmente, históricamente determinadas.

Esta es la causa radical de la fascinación y terribilidad del maquinismo. Una máquina es la realización de un concepto; pero de tal modo zanjante que queda ya establecido un abismo entre la función activada y la disponibilidad de intenciones. Su fascinación proviene del hecho de que libera de la responsabilidad de hacer el Mundo; su terribilidad, de que no hay otra responsabilidad sustitutiva que contraer. Y en su fabuloso catálogo de realizaciones jamás estará disponible una visionaria enciclopedia de la geometría de las interferencias de las reificaciones conceptuales, excepto por apelación al resto de praxis de conocimiento.

Otra vía es lograr un concepto de *Justicia* universalmente aceptado por todas las comunidades, designio hasta ahora irrealizable. A pesar de la creciente presión ejercida por los fenómenos de la globalización, el razonamiento de lo que sea

Justicia difiere por doquier. Cada sociedad, cada comunidad, se nutre de unas nociones peculiares, unos conceptos inconfundibles e insustituibles, y *Justicia* no es la excepción.

Los pueblos que han asumido tardíamente los formalismos de la Ley gozan de una idea de *Justicia* que, sólo tras ímprobos esfuerzos de retorsión, podría proyectarse en un concepto. Los incas inscribían en los quipus, en refranes, en pinturas, en tallas, bastones y utensilios domésticos, su idea de *Justicia*, que asociaban a los mandamientos básicos de no robar ni mentir, ni matar, ni pervertirse (*Ama llulla, ama sua, ama ccella, ama sipix, ama mappa o maclla*). En India, la idea moral central de su tradición es *Dharma*: la observancia de la verdad en la conducta, que culmina la percepción mental (*rta*) y la expresión verbal de esa percepción (*satya*). Todo lo más, el anhelo de *Justicia* viene personificado en el ideal del príncipe sabio y virtuoso que deja Cha Akga en el *Artha-Shastra*, entre cuyas habilidades se halla el arte de hacer cumplir la Ley (*Dandaniti*).

En las crónicas orales de África se refieren duelos judiciarios, ordalías, lectura de oráculos y auspicios; se detallan muertes propiciatorias, antropofagia y brujería; profanación de tierras o utensilios, sociedades secretas de hombres-animales. Hubo barbarie, ciertamente; pero también sutilezas que jamás alcanzará la burocracia judicial occidental. *Justicia* es un sentimiento íntimo, una emoción personal y común que no puede ser materializada sino fragmentariamente. Así, los símbolos de los Akan, plasmados en los textiles Adynkra: el signo *Mmra* representa el sello de la ley; *Sepow* es la daga del verdugo; *Kuranti en Kwamu* significa que una sola cabeza no hace un jurado; *Epa* viene a recordar que eres súbdito de aquel cuyos grilletes apresan tus manos.

Hay una estrecha implicación entre la historia de los conceptos y la historia de los hechos extralingüísticos. Los conceptos pueden surgir por consenso, por mandato, por contrato, por propaganda—por cualquiera de las clases de impulso activo. Son determinados por unidades de acción, a su vez por ellos determinadas, en un juego de reciprocidad donde no es infrecuente la asimetría y la exclusión.

Son receptáculo de realidad y a la vez un cauce para la acción. Establecen límites teóricos, pero también experienciales. A su través es posible comprobar la

dilatación de los espacios semánticos, vislumbrando cambios y permanencias. Diacrónicamente, revelan la variación de las estructuras a largo plazo.

La Política es, en gran medida, el juego de las tensiones que viven los conceptos. Tensión entre conceptos contrarios, en una dinámica que los colma y vacía, en correspondencia con el surgimiento o extinción de una experiencia. Tensión entre concepto y cosa, entre las vivencias y el uso lingüístico que tiende a ellas o las trasciende. Un cambio de situación con el mismo léxico tiende a ejercer una presión hacia las nuevas denominaciones, las transformaciones de los significados y, por último, el cambio de las cosas. Tensión en el interior del propio concepto; es un concentrado de mundos contenidos de manera significativa, una pluralidad de significaciones y experiencias históricas.

El concepto unifica en sí la totalidad del significado; en ese sentido, es indefinible y casi indescriptible. Están tan repletos de Historia que forman un ámbito de experiencia total, irreductible. Es precisa una labor de esclarecimiento para discernir en su interior la articulación de significados que se solapan, se confunden, se estratifican, se pierden. Hay sumas de relaciones teóricas y praxis objetivas en un contexto que sólo se hacen experimentables por el concepto.

Hay también otro tipo de concepto, que no tiene referentes concretos, es difícilmente analizable y extremadamente peligroso. Puede surgir espontáneamente, reuniendo experiencias y disponiendo expectativas, lleno de frustración; o ser creado, marcando la operatividad de sus similares, con intención de ejercer control sobre el movimiento histórico mediante un acceso transversal al mundo emocional. No reúne un acervo total de experiencia, sino un ámbito magno de expectativa. Expresa un anhelo. Es la esperanza hecha concepto.

Tenemos asimismo las imágenes: estampas de lo justo y lo injusto que hemos experimentado en persona; representaciones de caracteres y situaciones aportadas socialmente. Durante milenios, la idea de *Justicia*, implicada por las nociones de equilibrio y proporción, ha cristalizado en predicaciones valorativas, como equidad o belleza, que impregnan los sueños de erradicación de la iniquidad.

La Imaginación suministra acceso instantáneo a significados que, de otro modo, tardaríamos siglos en validar. La Razón ha logrado postular, sea el caso, un

último estadio de la carencia del ser—*Nada*—, cuya asunción sigue resultando psicológicamente ardua. En cambio, desde hace milenios nuestra mente intuitivamente comprende que no hay lugar más indigente y desolado que el vacío antaño ocupado por un manantial. Las imágenes siempre han estado y siempre estarán; son una barrera infranqueable para el programa de la racionalidad integral.

El Arte implica una continua reflexión en imágenes sobre las condiciones de *Justicia*; un diálogo permanente que ajusta y afina, sin recurrir a esferas públicas de decisión formal, visiones que sirvan para el pensamiento y la acción de *Justicia*. Ello concierne a los géneros tradicionales de las Artes, pero también a discursos y dramaturgias de nuevo cuño que surgen en ámbitos como la Televisión y el Cine, el Periodismo, el Deporte o la Política.

En todas esas narraciones se proponen imágenes de *Justicia* donde las comunidades, en la realidad factual o en el impulso del anhelo, desde el regocijo o desde el horror, puedan reconocerse. Claro que en ese *totum revolutum* no todo vale; ni todo lo que vale algo, vale lo mismo.

Las emociones que provoca saber que un conocido ha tenido un golpe de buena suerte, o la desgracia de un accidente o una enfermedad incurable, difiere según qué factor prevalece de entre cientos operando. ¿Valoran del mismo modo los súbditos de un tirano sus iconos de *Justicia* que los ciudadanos de un país democrático? La foto del cadáver de un niño inmigrante arrojado por el mar a la orilla de una playa, ¿causa el mismo impacto de injusticia si nos la enseñan tomando el sol en una piscina o en medio de una invernal reunión oficinesca?

Cada cual va experimentando su peculiar aquilatamiento de *Justicia*, que está en continuo ajuste, y no deja dos huellas vitales iguales. De joven, cuando soñaba con merecer la túnica del repúblico excelente, pensaba en *Justicia* como la fluencia inmanente de una idea cuyas realizaciones algún día irradiarían por doquier la luz del sumo bien, y creía ver destellos de su esplendorosa potencia en las manifestaciones artísticas que me fascinaban: en partituras de Haydn, Bartók y Shostakovich, en películas de Bergman y Mizoguchi, en edificios de Le Corbusier, en piezas vanguardistas de teatro y danza. O en los clásicos de la Literatura, leídos con la ansiedad de un idealismo feroz.

En *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (1605), pieza emblemática de la novelística, *Justicia* es motivo central. Alonso Quijano se lanza a correr mundo para enderezar entuertos y deshacer agravios, apelando a una narrativa anacrónica de paladines que ya se anquilosa entre las tinieblas del mundo feudal. Su folía justiciera, evidenciada en el lancinante patetismo de sus fracasos, cobra relieve por la cordura que el escudero Sancho Panza pone en la solución de disputas durante los diez días que ejerce el gobierno de la Ínsula de Barataria. Pero en el tránsito de lo ideal a lo real, en el empedernido ejercicio externo de su idea fija, Don Quijote es un príncipe, y uno de los más nobles, pues el impulso de voluntad por el que vive y muere es la idea de *Justicia*. Su heroísmo se desquicia no por errar en el afán, que sigue incólume en su frescura mañanera, sino en la anarquía de un Yo desbrujulado que desfigura las referencias de la realidad y se entrega a cauces de acción inadecuados.

2

Fuente insoslayable de imágenes de *Justicia* es ese conjunto de plataformas digitales aglomeradas por personas y automatismos que denominan *Redes Sociales*.

Con su profunda incidencia en el ámbito familiar, laboral o afectivo, en apenas un cuarto de siglo han consolidado la globalización fomentando un intercambio más rápido de conocimientos y experiencias que, entre otras cosas, ha permitido visibilizar realidades subyacentes que antaño causaban irritación o desconsuelo (injusticia de baja tensión), y ahora se consideran intolerables (iniquidad).

Han trastocado las estructuras discursivas tradicionales mediante la banalización, la apropiación cultural o una sofisticación de la desinformación hasta lo que podríamos llamar *ignorancia múltiple selectiva*, donde ciudadanos libres, responsables y bien informados deciden voluntariamente, respecto a un asunto o catálogo de temas, prescindir de los métodos básicos de verificación del dato.

Se han constituido en parapeto de ocultación, lo que puede propulsar el odio y la destrucción, pero también el disfrute del juego, las lecciones que proporciona la representación de roles distintos. Han provocado una percepción diferente de nuestra propia imagen y personalidad, que ha traído alteraciones en la apreciación

de la continua y perpetua voluntad de otorgar lo que por legítimo derecho a cada cual corresponde (*Iustitia est constans et perpetua voluntas ius suum cuique tribuendi*), que es la definición letrada tradicional de *Justicia* desde Domicio Ulpiano, jurista romano de origen fenicio que llegó a ser *praefectus praetorio* del emperador Severus Alexander.

No frecuento las *Redes Sociales*. He mantenido una cuenta indolente en *LinkedIn*, pues resulta cómodo disponer de un espacio público donde alojar tu currículum profesional; utilizo *YouTube* para escuchar música, y recorro a *WhatsApp* (textual) para evitar llamadas telefónicas, que me disgustan. No tengo *Facebook* ni *Instagram* ni *TikTok* ni *Pinterest*.

A primeros de noviembre de 2022, comencé a operar en *Twitter/X*. Sabía que no me apetecía hacer: entrar en debates; buscar amistades; participar en el mercadeo de *like*. Podría practicar mis idiomas, airear viejos artículos, publicar reseñas musicales, anotar efemérides sobre literatos y artistas predilectos, o prender clips en curiosidades sobre Ciencia y noticias de Tecnología al servicio de proyectos profesionales o artísticos—y todo ello, sin ataduras ni afán de permanencia. *Twitter/X* como palimpsesto, libreta de notas y almanaque personal.

Inicialmente, seguía cuentas sobre Humanidades en francés e italiano. Lo que me llegaba eran tuits con obras pictóricas, citas literarias, anécdotas sobre compositores y acontecimientos históricos. En un momento dado, la orientación de la cuenta viró hacia autores anglófonos de microficción (*#vss365*), y de ahí a varias docenas de poetas que asumen la sugerencia diaria de tema (*prompt*) anunciada con antelación por perfiles coordinadores.

Cinco meses después de abrir la cuenta, a finales de marzo de 2023, ya podía considerarme un tuitero veterano. Mis tuits habían obtenido porcentajes raquíticos de *engagement* y *like*; me habían jaqueado la cuenta, que recuperé de inmediato; y me había acostumbrado a bloquear mensajes pornográficos y promotores de criptoactivos.

Había experimentado el fastidio de que se colasen monerías de gatos, o multitudinarias muestras de simpatía para con un extraño, fueran plañidos ante la muerte de un familiar, fueran albricias por el primer día de escuela de un hijo, una

promoción laboral o el anuncio de una cita sentimental tras pasar el duelo de un divorcio.

Pero, sobre todo, me había percatado ya de que es en el activismo político, rabiosamente polarizado, donde alcanza su efervescencia esta plataforma. Apenas matizado en su emocionalidad, cada tuit es un acto individualizado de administración de *Justicia* que, si logra alcanzar refrendo grupal, puede llegar a la estigmatización y cancelación del injusticiado.

Me propuse realizar una investigación informal sobre el estándar contemporáneo de *Justicia* a través de las manifestaciones políticas de los usuarios de *Twitter/X*, que se extendería durante quince meses. Descartada por muchos motivos la política del Reino de España, me centré en la actualidad de otros grandes países europeos.

Seguí varias cuentas alemanas vinculadas a los *Neuen Sozialen Bewegungen*, que no sólo actúan contra la ultraderecha de *Alternative für Deutschland (AfD)*, en auge, sino también contra el *Hauptströmung* de los medios de comunicación de masas y la cultura dominante, voceando el profundo malestar de una sociedad que suponíamos experimentada y estable.

Respecto a Italia, di por azar con la cuenta de Alberto Letizia, un letrado siciliano que, sin alzar nunca la voz, cargado de sensatez, ha ido componiendo un vasto fresco de la indignidad, mostrándose especialmente incisivo contra la *Legha Nord* de Matteo Salvini y los *Fratelli d'Italia* de Giorgia Meloni.

Enfilé la política gala, bifurcando el seguimiento entre perfiles conservadores, volcados en una oposición frontal a la presidencia de Emmanuel Macron y el desprecio hacia el batiburrillo centrípeto de *Renaissance*, luego *Ensemble*, así como el recelo hacia la Unión Europea y la pérdida de valores de la sociedad tradicional francesa; y otros feministas, como *Les Orchidées Rouges*, cuyo activismo se focaliza en erradicar la mutilación sexual femenina, el matrimonio forzado y otras violencias contra mujeres y niñas.

El triunfo de *Rassemblement National* en las *Elecciones Europeas (2024)* causó en el foro francófono de *Twitter/X* considerable agitación, que sólo se mitigó, meses después, con la designación de Michel Barnier como *Premier Ministre* de la XVII Legislatura (V República), aunque la maniobra de Macron al convocar elecciones

legislativas anticipadas—donde liberales, centristas, socialdemócratas, socialistas y comunistas se apiñaron en segunda vuelta contra la ultraderecha—, ha dado más pábulo a una de las maledicencias más frecuentadas en *Redes Sociales* por el neofascismo posmoderno: los actores del sistema político tradicional no son más que vísceras varias del mismo basilisco a degollar, *le parti unique*.

Atendí asimismo la política británica, que ya vigilaba desde el referéndum del Brexit, mediante el seguimiento de un millar de cuentas de *rejoiners*, activistas que buscan forzar otro referéndum (*#BrexitDisaster*) para que el país vuelva al lugar que por derecho propio le corresponde (*Britback*).

En paralelo, se estaba articulando un movimiento transversal contra los *Tories*, procedente en parte de votantes suyos, horrorizados ante el proceso de desnaturalización del partido y las luchas personalistas por el poder entre personajes sin reparo en exhibir la arrogancia de una rancia conciencia de clase que es raro ya observar en ningún otro lugar a estas alturas del siglo.

Se agregaba a ello el zigzagueante curso del *Labour Party* bajo la dirección de Keir Starmer, temeroso de perder feudos tradicionales que habían votado a favor del Brexit, muñidor de estrategias contradictorias respecto a diversas facciones de sus partidarios (incluidos los irreductibles de Jeremy Corbyn), un ojo puesto en qué acontecía con la izquierda continental, una oreja entregada a la lánguida remembranza de figuras históricas como Clement Atlee y Harold Wilson, y el temor a la reaparición espectral de Tony Blair. Ejecutando una estrategia retardataria a la hora de presentar soluciones para el país, aguardó a que el fangal en que chapoteaban los *Tories* se convirtiese en una ciénaga que los tragara sin más.

Esa confusión hubiera podido ser aprovechada por los *Liberal Democrats* (*LibDems*), únicos abiertamente europeístas, si no fuera por su propensión a las torpezas estratégicas y las depresiones intempestivas. O incluso por el *Green Party*, apreciado por muchos, incluso conservadores, como imprescindible para vigilar cualquier desmán en materia de bienestar sostenible; sin embargo, lo que ha calado en el electorado es la improbable conciliación de sus postulados con la praxis real de gobierno, así como su inhabilidad para transmitir con efectividad acciones políticas esenciales, como sucedió con el manifiesto *The New Green Deal* (2019).

El activismo de mis *following* británicos se centraba en promover el regreso a la Unión Europea y en hacer caer al gobierno conservador (*#ToriesOut*).

Ya son infrecuentes sus discusiones con *brexiteers*. Tras años de enfrentamientos, con rupturas traumáticas incluso en el seno familiar, lo que ha provocado fatiga en ambas partes, se libra una guerra de atrición. No suelen confluír en un mismo hilo; si lo hacen, se puede atestiguar una esgrima verbal fugaz donde se mantiene un tono flemático de charla, incluso en ese clímax en que un *brexiteer* zanja la discusión con un *rejoiner* acusándole de *traitor* y sugiriéndole que haga las maletas y se marche del país.

Parte de la actividad de los *rejoiners* de *Twitter/X* se dirigía al enjuiciamiento de quienes todavía consideran responsables de la situación; ahí la administración de *Justicia* resultaba expeditiva, a veces ingeniosa, usualmente ácida. Boris Johnson era objetivo prioritario; no escasearon las jornadas en que lideró las tendencias por sus mentiras, o con ocasión de nuevos hitos en la investigación de su gestión de la pandemia del coronavirus, o por flecos de la caída de su consejero áulico, Dominic Cummings; o su lista proponiendo títulos nobiliarios a amiguetes y amantes.

Tampoco se escatimaban descalificaciones contra Rishi Sunak, aunque un tanto atenuadas. Opinan los *rejoiners* que, al menos, este tecnócrata euroescéptico ha ido desarrollando una carrera política derechista coherente, así como que las expectativas eran ya muy bajas al iniciar su liderazgo, tanto en la ciudadanía como en su propio partido, donde se ha banalizado la infausta *letter of no confidence* que cualquier parlamentario conservador sin ocupación ministerial (*backbencher*), respaldado por un quince por ciento de sus colegas, puede entregar al *1922 Committee* a fin de que se vote (entre ellos) la destitución de su *Prime Minister*.

Algunos personajes que permanecían fuera de foco, aliviados por el desdén causado por largos años de animadversión, resurgían, como David Cameron, con su inesperado regreso al gobierno al frente del *Foreign Office*, o Nigel Farage, insistiendo en azuzar pulsiones xenófobas mediante el relanzamiento de *Reform UK*. Cada cierto intervalo reaparecía Michael Gove, perenne *candidato de consenso* con una asombrosa habilidad para sobrevivir a las emboscadas fallidas que durante años tendió a muchos correligionarios; ocasión para que alguna *rejoiner*, con humor inglés característico, afirmara que tiene un rostro *seriously slappable*.

En el punto de mira estaba asimismo Jacob Rees-Mogg, en su día al frente del rimbombante *Minister of State for Brexit Opportunities and Government Efficiency*. Los *rejoiners* soportan su atildamiento y su altivez, incluso su ensoberbecimiento de burgués apresurando sus zancadas hacia la verja herrumbrosa de la aristocracia, pero no le perdonan los pingües beneficios que ha obtenido a costa de menguar la calidad de vida de obreros, enfermeras y maestros de escuela. Extraña que ningún *rejoiner* haya reparado en las gallináceas que ornan la cresta de su escudo de armas.

Suella Braverman, que fuera Abogada General, y la titular del *Home Secretary* hasta su cese (tras la publicación en *The Times* de un artículo virulento: *Police must be even-handed with protest*), cargaba con la ingrata tarea de mantener las esencias de un populismo que apela a la grandeza del Imperio Británico para acentuar las responsabilidades y difuminar los derechos. Acusada por la prestigiosa *Bar Standards Board*, el supervisor deontológico de los *barristers* de Inglaterra y Gales, por expresar sentimientos racistas y narrativas discriminatorias, fue profusamente vituperada al ejecutar su política inmigratoria—los fallidos vuelos a Ruanda; *Bibby Stockholm*, la jaula-barcaza atracada en el puerto de Portland, en Dorset, donde aguardaba su suerte medio millar de peticionarios de asilo.

A comienzos de año ya se intuía qué habría de suceder cuando se convocase la *UK General Election (2024)*, estimándose como probable que el nuevo liderazgo de los conservadores, tras su paso por la oposición, tuviese nombre de mujer. Penny Mordaunt, Priti Patel, la ascendente Miriam Cates, tal vez Kemi Badenoch, Siobhan Baillie, Laura Trott, o la treintañera Dehenna Davison si decidiese regresar a la política activa, la propia Braverman, eran mencionadas para discutir el liderazgo a varones como Dominic Raab, Jeremy Hunt, Tom Tugendhat, Richard Holden, Saqib Bhatti, quizás *outsiders* como el sindicalista educativo Jonathan Gullis o el discursista ultraconservador Danny Kruger, muchos de ellos miembros de la populista *National Conservatives (NatCon)*.

Por entonces, entre los *Tories* sobraba ambición—por no decir: *temeraria osadía*. Matt Hancock, considerado el epítome de la incompetencia catastrófica, se había postulado como legítimo sucesor de Theresa May comparándose sin rubor con John Major; y Liz Truss, a quien bastaron cuarenta y cuatro días al frente del

gobierno para hacer perder millonadas a la economía británica, había anunciado su liderazgo con la pretensión de competir con Margaret Thatcher como la gran estadista inglesa de la era posmoderna.

A menudo, los perfiles *rejoiner* han reflejado opiniones en prensa; obligada referencia resultan los columnistas de *The Guardian*: Polly Toynbee, impenitente institutriz de la ortodoxia de la vieja izquierda, que ya no existe; Marina Hyde, descollante por su estilo sardónico; Jonathan Freedland, sobrio articulista que raramente deja al lector insatisfecho; Owen Jones, incisivo ideólogo predestinado a escribir discursos gubernamentales para los *Labour*; o los editoriales impulsados por Pippa Crerar, que llegó desde el *Daily Mirror* con el aura de haber destapado el *Partygate*, aquellos fiestones que Boris Johnson daba en *Downing Street* mientras el resto del reino, incluida su nonagenaria monarca, sufría los rigores del confinamiento durante la pandemia del coronavirus.

También se citaba *The Independent*, donde han cultivado el *sketch* político Tom Peck y John Rentoul o, ya en estilo editorialista, Sean O’Grady; algunas escaramuzas socialistas en el *Daily Mirror*; o incluso *The Times* cuando ha aparecido un artículo contra la línea conservadora del periódico (*op-ed*) aunque fuera tangencialmente, sobre frivolidades; así Matthew Parris, Camilla Long o Ben Macintyre.

A ello hay que agregar las caricaturas y tiras cómicas. Algunas son obras maestras de la ilustración política—en varios sentidos de *ilustración*. Poseen gran ingenio, una calidad excelente, e impactante crueldad algunas, al estilo de *Punch*, con una libertad artística admirable sea cual sea el diario para el cual el historietista dibuje: Peter Brookes (*The Times*) y Dave Brown (*The Independent*); Martin Rowson y Ben Jennings (*The Guardian*); Matthew Prittchet (*Daily Telegraph*) y Andy Capp (*Daily Mirror*).

La *ratio decidendi* de los juicios sumarísimos de los *rejoiners* ha incorporado variados argumentos. Los más jóvenes culpan explícitamente a sus mayores por entregarse al Brexit en el delirio melancólico de un rencor imperialista. Se manifestaban los datos y los escándalos en políticas esenciales como Educación y Transportes, por no hablar de las fallas estructurales del *National Health System* (*NHS*), o la gestión de los recursos hídricos. Se esgrimía una política económica

que ha fracasado a la vista de la inflación galopante, la irresponsabilidad fiscal, el desdén por las pymes, la deslealtad hacia el mundo rural y el favorecimiento a un puñado de *cronies*. El deterioro de derechos y libertades, y la súbita pérdida de influencia del Reino Unido en el *statu quo* internacional, actuaban de bajo continuo.

Agravaba esta situación la crisis en referencias identitarias ostentadas durante siglos. Baste referir los males reputacionales que aquejan a la Corona, que no habrá de aliviar el impopular Charles III; el miserable trato de la clase política respecto a *Scotland Yard*, donde por desidia se ha institucionalizado el sexismo, el racismo y la homofobia, lo que afecta también a las grandes universidades (*Oxbridge*), escuela de liderazgos; o la polémica que zarandó al *Grand National* (2023), donde murieron varios purasangres antes y durante la carrera, con protestas importantes por las condiciones de vida de los atletas equinos.

La *UK General Election* (2024), celebrada el 4 de julio, actualizó la situación política de manera significativa—al menos, aparentemente.

En escaños obtenidos, los *Labour* barrieron (*wipeout*) a los *Tories*, cosechando una holgadísima mayoría absoluta (*landslide*); los *LibDems* obtuvieron un resultado notable; el *Green Party* mantuvo posiciones, y el independentismo escocés, sumido en una crisis de liderazgo y hastío, se desplomó. Extrapolado a un sistema proporcional, no obstante, el recuento advierte de fenómenos que replican o reflejan lo que sucede por doquier, haciendo inviable hablar de una hipotética *excepción británica*.

El avance de *Reform UK*—ultraderecha hipócrita, matona y circense, no menos peligrosa que sus pares continentales—permanece distorsionado al ponerse el foco de los medios y la opinión pública no en su ideario ni en la liga de la infamia que internacionalmente alienta, sino en las fantochadas de su líder, como cuando nombró *Chief Whip* a *30p Lee*, político así apodado por afirmar que el problema de la miseria es que los pobres no saben cocinar, pues cualquiera puede hacerse un buen almuerzo con treinta peniques. La tarea más visible de un *Chief Whip* en los partidos populosos es coordinar los *Whips* repartidos por las bancadas de la *Commons Chamber* para indicar *Aye* o *No* al resto de compañeros en la siguiente votación, algo estrambótico para un grupo de cinco parlamentarios.

En cuanto a los *Tories*, algunos personajes se habían escabullido antes de la debacle, como Michael Gove; otros optaron por escandalizar una última vez a la ciudadanía, haciendo apuestas ventajistas respecto a la fecha en que serían convocadas las elecciones. De entre quienes se expusieron al veredicto de las urnas, no pocas figuras renombradas perdieron su escaño—Grant Schapps, Liz Truss, Jacob Rees-Mogg, Penny Mordaunt, Liam Fox, Victoria Prentis, Michael Fabricant—, dejando al partido en ruinas.

La crónica electoral de Marina Hyde, no especialmente corrosiva para su hábito y estilo, reflejó el sentir generalizado: *Sunak axed, the cast eviscerated: at last, it's the Tories' season finale*. Para encabezar las tareas de reconstrucción, además de Kemi Badenoch y Tom Tugendhat, esa misma mañana de resaca electoral se avanzaban los nombres de Robert Jenrick, Priti Patel, Mel Stride o James Cleverly.

Entre los *rejoiners* de *Twitter/X* ha predominado un abrumador sentimiento de injusticia, que impregnaba su cotidianeidad. No lograban superar la incredulidad ante el triunfo de la irracionalidad y la ignorancia, y vivían en duelo permanente; sus tuits eran expresiones sombrías de indignación, muestras lúgubres de frustración. Mayoritariamente votaron por los *LibDems*, y la victoria de los *Labour* les ha dejado un sabor agridulce, una emoción ambigua en espera de comprobar qué enfoque pretende adoptar Keir Starmer con los aliados tradicionales del país.

Ahí la representación más precisa de los anhelos de *Justicia* es algo que tuvieron, tal vez sin prestarle importancia, y hasta que la situación no se revierta, atesorarán como orgulloso símbolo de resistencia y esperanza: doce estrellas doradas de cinco puntas dispuestas en círculo sobre fondo azul—la bandera de la Unión Europea.

3

Mi interés por el sistema judicial norteamericano se remonta a los días en que recibía *Facetas*, la versión en castellano de *Dialogue*, magazín con una estupenda selección de artículos, que publicaba la *US Information Agency*.

Estudiando Derecho en Santiago de Compostela, con el seguimiento que hacíamos de la doctrina inaugural del Tribunal Constitucional español, se me indicaron diversas lecturas sobre la *judicial review* para comprender en profundidad

la naturaleza de los tribunales de garantías constitucionales; años después, ya como jurista profesional, emprendí un estudio sistemático de la historia y jurisprudencia de la *Supreme Court of the United States* – SCOTUS.

Si en marcha tenía un proyecto sobre *Justicia en Twitter/X*, resultaba obligado aventurarme por el país donde se originó y mayormente se utiliza esta plataforma. Fui aceptado por más de cuatro mil perfiles *Blue Wave*, círculo de tuiteros que se declaran votantes del *Democratic Party*, proclaman su voluntad de frenar el avance del fascismo en América y aborrecen a Donald Trump.

Cada perfil es un mundo y, salvo por militar contra el movimiento *Maga* (*Make America Great Again*), carecen de afinidades. Proceden de grandes urbes, pero también de alguna aldea de Kentucky o un villorrio aislado en la falda de las Rocky Mountains. Hay *liberals* que ideológicamente se asemejan a un europeo de centroderecha, y *progressives* focalizados en una sociedad igualitaria, la injusticia climática, la reforma del sistema sanitario y el control de los mercados financieros.

Se trata de gente normal, con alegrías y tristezas ordinarias, orgullosos de su país y su familia, o de haber rehecho su vida dejando atrás un infierno de adicciones o abusos. Algunos tuitean desde un despacho de empresa, irritados por lo que acontece en Washington DC, y otros lo hacen en el enclave de un bungalow rural, hostigados por vecinos *Maga*.

Pueden ser fans de los *Baltimore Ravens* o de Taylor Swift; pueden adorar o meramente tolerar a Oprah Winfrey. Hay quien no lee otra cosa que lo publicado en *Twitter/X*, y quien devora *cozy misteries*, o *romantic suspense*, o *space opera*, o cualquier otro subgénero del centenar en que las agencias y editoriales norteamericanas cuadrículan su industria. Cada cual posee un *stock* diferente de soluciones para revertir una situación inequitativa.

Dando *like* al unísono, respecto a un tuit despotricando contra algún insurrecto, en mi círculo pueden coincidir una nativa iroquesa que regenta un supermercado en Pittsburg, un veterano pensionista californiano mutilado en Irak, un concejal de aguas de un condado de Mississippi y una profesora bostoniana cuyo principal interés es el ecofeminismo posthumanista de Donna Haraway.

Siguiéndolos durante mi estancia en *Twitter/X*, pude trazar el curso que sigue la información política por *BlueWave*.

Hasta el 20 de julio de 2024, fecha de la renuncia de Joe Biden a su candidatura a la reelección, había una primera línea, liderada por el 46° Presidente y la vicepresidenta Harris, escoltados por las cuentas ministeriales oficiales y el *Democratic Party*, a las que se agregaban Barack Obama y Hillary Clinton, que siguen gozando de una acogida formidable. *Maga* gusta de añadir aquí, en el bloque institucional, los medios liberales, empezando por la *CNN* y *The New York Times*. Y *BlueWave* quizás no se molestase si quedasen encuadradas también algunas cuentas muy vinculadas, si no coordinadas, con la oficialidad del partido: *Call For Activism* y *Occupy Democrats*, entre otras.

Tras ellos, adquiriría relevancia un ramillete de políticos demócratas cuyo verbo ha excitado siempre el debate tuitero, como el senador *progressive* Bernie Sanders, la *House Speaker* emérita Nancy Pelosi, las senadoras Elisabeth Warren, Kirsten Gillibrand, Tammy Duckworth y Amy Klobuchar; el gobernador de California Gavin Newsom, congresistas como Alexandria Ocasio-Cortez, Hakeem Jeffries, Jasmine Crockett, Adam Schiff, Rashida Tlaib y Jamie Raskin, o el ministro de Transporte, Pete Buttigieg.

Se hallaban luego los comentaristas (*pundits*), protagonistas genuinos de la plataforma, pues son quienes intensifican y amplifican los mensajes. En lugar sobresaliente estaban los expertos jurídicos, ya desde una perspectiva teórica, como el constitucionalista jubilado Laurence Tribe, ya rastreando por lo menudo la actualidad judicial de cariz político, donde han brillado la exfiscal federal Joyce Vance-White, el profesor Steve Vladeck y la periodista Katie Phang, además de aportaciones relevantes desde las cuentas de Andrew Weissmann, Neal Katyal, Jennifer Rubin, Ryan Goodman, Jen Taub, Adam Klasfeld o Elizabeth de la Vega.

Constaban asimismo destacados comentaristas económicos, de carácter general, como Robert Reich; o incidiendo en asuntos regionales, personajes con proyección nacional como el texano Beto O'Rourke. Algunos han generado información de primera mano con base en investigaciones propias y datos suministrados confidencialmente por altos funcionarios, u obtenidos de

ciudadanos anónimos que refieren lo escuchado en un restaurante o un campo de golf, como Ron Filipkowski, con *MeidasTouch*, o Allison Gill, con *Mueller, She Wrote*.

No han faltado, por supuesto, los agitadores, cada uno en su estilo, desde lo *camp* a lo *indie*, condescendiendo o acosando de modo virulento, pero siempre con una gran dosis de sarcasmo, ya desde el propio aparato del *Democratic Party*, como la estratega Lindy Li, ya desde las filas de los *influencers*, como Jeff Tiedrich; Joanne Carducci (@JoJoFromJerz); Jon Cooper (@joncoopertweets); BrooklynDad_Defiant! (@mmpadellan); Mayo @MayoIsSpicy; Leigh McGowan (@IAmPoliticsGirl), Ricky Davila (@TheRickyDavila) o el *Gen-Zer* Victor Shi.

Completaba *BlueWave* el entramado de cuentas de base (*grassroots*), que repiten el mensaje, modulándolo con un expletivo, un emoticono o un refrán, o agregando creaciones propias mediante infografías o memes. En momentos críticos solían alineársele perfiles conservadores moderados, a los que *Maga* apoda *Rino* (*Republicans in name only*), tachándoles de ser derechistas de pacotilla: *Republicans Against Trump*, *The Lincoln Project*, *Republican Accountability*. Ocasionalmente, dando un brillo especial a *Blue Wave*, surgían tuits de gran impacto procedentes de celebridades como Stephen King o Barbra Streisand.

Tras el debate Biden/Trump el 27 de junio de 2024, cundió la amargura ante la inmisericorde campaña de los medios de comunicación contra el 46° Presidente; su renuncia sembró el desconcierto a la hora de transmitir los mensajes políticos del día mientras no se oficializaba su remplazo. La situación dio un giro copernicano con la feroz, exaltada, casi alucinada reacción de *BlueWave* cerrando filas en apoyo a Kamala Harris como candidata a la presidencia.

En apenas unos días se pasó de la depresión al ardor (*We're not coming back / Yes, We Kam / Forward*), con decenas de miles de personas voluntariando para la campaña, la recaudación de cientos de millones de dólares, el apoyo de un número relevante de figuras republicanas e independientes y la anuencia complaciente de gran parte de la prensa nacional e internacional respecto a improvisaciones del *Democratic Party*, incluida la designación de Tim Walz, gobernador de Minnesota, para completar la candidatura demócrata.

BlueWave escudó a Joe Biden por su personalidad afable, su capacidad para el diálogo y sus logros económicos (*Bidenomics*), con cifras e hitos. Bajo su discreto liderazgo,